

Philip K. Dick

DR. BLOODMONEY
O CÓMO NOS LAS
APAÑAMOS DESPUÉS
DE LA BOMBA

minotauro

1

Temprano en aquella brillante mañana dorada por el sol, Stuart McConchie barría la acera frente a la Modern TV, Ventas y Reparaciones, escuchando los coches que recorrían la avenida Shattuck y las secretarias que se apresuraban sobre sus altos tacones hacia sus oficinas, todos los movimientos y delicados olores de una nueva semana, una nueva época en la que un buen vendedor podía hacer grandes cosas. Pensó en el bollo caliente y el café que se tomaría en su segundo desayuno, a las diez aproximadamente. Pensó en los clientes a los que había convencido para que volvieran a formalizar la venta, quizá todos ellos hoy, y en su talonario de ventas de nuevo rebosante como aquella copa de la Biblia. Mientras barría tarareaba una canción del nuevo álbum de Buddy Greca, y pensó en lo que sentiría uno sabiéndose famoso, un gran cantante conocido en todo el mundo y la gente pagando para verle en lugares tales como Harrah's en Reno o los carísimos club de Las Vegas que no había visto nunca pero de los que había oído hablar muchas veces.

Tenía veintiséis años y a menudo conducía, ya tarde algunos viernes por la noche, por la autopista de diez carriles que va de Berkeley a Sacramento y a través de las Sierras hasta Reno, donde uno puede jugar y encontrar chicas; trabajaba para Jim Fergesson, el propietario de la Modern TV, a sueldo y comisión, y como era un buen vendedor se ganaba bien la vida. Y de todos modos estaban en 1981 y los negocios no iban mal. Otro buen año que empezaba bien, con Améri-

ca haciéndose más grande y más fuerte y todo el mundo prosperando.

—Buenos días, Stuart. —Con una inclinación de cabeza, el señor Crody, un hombre de mediana edad, propietario de la joyería al otro lado de la avenida Shattuck, pasó por su lado camino de su pequeña tienda.

Todas las tiendas, las oficinas, estaban abriendo ya; eran las nueve pasadas, e incluso el doctor Stockstill, el psiquiatra y especialista en desórdenes psicosomáticos, apareció, llave en mano, para iniciar su bien pagado trabajo en el consultorio, que tenía alquilado en el edificio de cristal edificado por la compañía de seguros con parte de sus excedentes financieros. El doctor Stockstill había estacionado su coche de importación en el aparcamiento; podía permitirse el lujo de pagar cinco dólares al día. Y entonces llegó su espectacular secretaria, alta y de bien torneadas piernas, que le pasaba una cabeza a su jefe. Y sí, mientras Stuart observaba, apoyado en el mango de su escoba, el furtivo primer loco del día estaba ya deslizándose con aire culpable hacia la consulta del psiquiatra.

Este es un mundo de locos, pensó Stuart, observando. Por eso los psiquiatras se llenan los bolsillos. Si yo tuviera que ir a un psiquiatra, entraría y saldría por la puerta de atrás. Nadie me vería para reírse de mí. Quizá algunos de ellos lo hagan, pensó; quizá Stockstill tenga una puerta de atrás. Quizá para los más responsables, o mejor (se corrigió) para aquellos que no quieren darse al espectáculo; quiero decir los que simplemente tienen un problema, por ejemplo éstos que se preocupan por la acción policial en Cuba y que no están exactamente locos, sino tan sólo... inquietos.

Y él mismo se sentía inquieto, ya que todavía era posible que lo movilizaran para la guerra contra Cuba, que de nuevo se había estabilizado en las montañas, pese a las nuevas y pequeñas bombas antipersona que localizaban a los asquerosos y mugrientos amarillos por muy hondo que se ocultaran. No le reprochaba nada al presidente... no era culpa del presidente el que los chinos hubieran decidido respetar su pacto. Era tan sólo que difícilmente regresaba uno a casa después de luchar contra los asquerosos y mugrientos amarillos sin haber

pillado una infección vírica hasta los huesos. Un combatiente veterano de treinta años regresaba con el aspecto de una momia reseca que hubiera estado fuera de su pirámide durante todo un siglo... y a Stuart McConchie le costaba imaginarse a sí mismo vendiendo de nuevo televisores estéreo en esas condiciones, reemprendiendo su carrera de vendedor al por menos.

–Buenos días, Stu –le sobresaltó una voz femenina, la pequeña vendedora de la tienda de dulces de Edy con sus oscuros ojos–. ¿Ya soñando tan pronto por la mañana? –Sonrió mientras pasaba por la acera a su lado.

–Demonios, no –dijo él, barriendo de nuevo vigorosamente.

Al otro lado de la calle el furtivo paciente del doctor Stockstill, un hombre de aspecto sombrío, cabello y ojos negros, tez pálida, envuelto prietamente en un gran abrigo color noche profunda, hizo una pausa para encender un cigarrillo y mirar a su alrededor. Stuart vio las hundidas facciones, los ojos intensos, y la boca, sobre todo la boca. Estaba crispada y sin embargo la carne colgaba flácida, como si la presión, la tensión, hubiera roído allí desde hacía tiempo los dientes y la mandíbula; la tensión era aún visible en aquel rostro infeliz, y Stuart desvió la mirada.

¿Es así como se refleja?, pensó. ¿El estar loco? Corroído de ese modo, como devorado por... no sabía decir el qué. El tiempo, o quizá el agua; algo lento pero que nunca se detiene. Había visto aquel mismo deterioro antes, observando el ir y venir de los pacientes del psiquiatra, pero nunca tan profundo, nunca tan completo.

El teléfono sonó en el interior de la Modern TV, y Stuart se apresuró hacia allí. Cuando miró de nuevo hacia la calle el hombre vestido de negro había desaparecido, y el día había recuperado de nuevo su brillantez, su promesa y su aroma de belleza. Stuart se estremeció al tomar de nuevo su escoba.

Conozco a ese hombre, se dijo. He visto su foto o ha venido a la tienda. O es un cliente, uno antiguo, quizá incluso un amigo de Fergesson, o es una celebridad importante.

Pensativo, siguió barriendo.

El doctor Stockstill dijo a su nuevo paciente:

–¿Una taza de café? ¿Té, una cola? –Leyó la fichita que la señorita Purcell había dejado sobre su escritorio–. Señor Tree –dijo en voz alta–. ¿Ninguna relación con la famosa familia inglesa de literatos? Iris Tree, Max Beerbohm...

Con voz dotada de un marcado acento, el señor Tree dijo:

–Éste no es mi nombre auténtico, ¿sabe? –Parecía irritable e impaciente–. Se me ha ocurrido mientras hablaba con su empleada.

El doctor Stockstill miró interrogativo a su paciente.

–Soy mundialmente famoso –dijo el señor Tree–. Estoy sorprendido de que usted no me reconozca; debe de estar siempre recluido o algo así. –Pasó una temblorosa mano por sus largos cabellos negros–. Hay miles, quizá millones de personas en todo el mundo que me odian y que desearían destruirme. Así que naturalmente he de tomar medidas; me veo obligado a darle un nombre falso. –Carraspeó y chupó rápidamente su cigarrillo; lo sujetaba al estilo europeo, con el extremo prendido envuelto en el cuenco de su mano, casi tocando la palma.

Oh Dios mío, pensó el doctor Stockstill. Reconozco a este hombre. Es Bruno Bluthgeld, el físico. Y está en lo cierto; hay un montón de personas tanto aquí como en el Este que desearían echarle el guante a causa de su error de cálculo allá por 1972. A causa de la terrible caída de partículas procedentes de aquella explosión a gran altitud que se suponía no iba a dañar a nadie; las cifras de Bluthgeld lo *probaron* por anticipado.

–¿Así que desea que sepa quién es usted? –preguntó el doctor Stockstill–. ¿O prefiere que lo acepte simplemente como «el señor Tree»? A mí me es indiferente; cualquiera de las dos formas me sirve.

–Sigamos simplemente como hemos empezado –rechinó el señor Tree.

–De acuerdo –el doctor Stockstill se acomodó confortablemente y su pluma rasgueó sobre el papel de su bloc de notas–. Adelante.

–La imposibilidad de subir a un autobús normal, ya sabe, con quizá una docena de personas desconocidas para uno, ¿significa algo? –El señor Tree lo observó intensamente.

–Es posible –dijo Stockstill.

–Tengo la impresión de que todos me están mirando.

–¿Por alguna razón en particular?

–Debido –dijo el señor Tree– a lo desfigurado de mi rostro.

Sin ningún movimiento aparente, el doctor Stockstill consiguió levantar la vista y escrutar a su paciente. Vio a un hombre de mediana edad, más bien grueso, de cabello negro, con una barba rala asomando su negrura sobre una piel anormalmente blanca. Vio círculos de fatiga y tensión bajo los ojos del hombre, y la expresión de sus ojos, era de desesperación. El físico tenía una piel enferma y necesitaba un corte de pelo, y todo su rostro reflejaba su preocupación interna... pero no había nada «desfigurado» en él. Excepto el visible estado de tensión, era un rostro de lo más común; en medio de un grupo no hubiera despertado la menor atención.

–¿Ve usted las manchas? –dijo el señor Tree con voz ronca. Señaló sus mejillas, su mentón–. ¿Los horribles estigmas que me aíslan de todos los demás?

–No –dijo Stockstill, aceptando el riesgo y hablando francamente.

–Están aquí –dijo el señor Tree–. Dentro de la piel, por supuesto. Pero la gente los ve, y me mira. No puedo tomar el autobús ni ir al restaurante ni al teatro; no puedo ir a la ópera de San Francisco ni al ballet ni a un concierto sinfónico, ni siquiera a un club nocturno para ir a escuchar a uno de esos cantantes folk; si consigo entrar en uno de ellos, debo irme casi inmediatamente a causa de las miradas. Y de las observaciones.

–Cuénteme qué dicen.

El señor Tree guardó silencio.

–Como usted mismo ha dicho –dijo Stockstill–, es mundialmente famoso... y ¿no es natural que la gente mire y murmure cuando algún personaje mundialmente famoso viene y se sienta cerca de ella? ¿No ha sido así durante años? Y su trabajo ha sido controvertido, como usted mismo ha señalado... hostilidad y tal vez algunas observaciones desagradables. Pero alguien conocido...

–No es eso –interrumpió el señor Tree–. Espero eso; escribo artículos y aparezco en la televisión, y espero eso; lo sé.

Pero esto... tiene que ver con mi vida privada. Mis más íntimos pensamientos. –Miró fijamente a Stockstill y dijo–: Leen mis pensamientos y hablan de mi vida privada, de mis cosas personales, con todo detalle. Tienen acceso a mi cerebro.

Paranoia sensitiva, pensó Stockstill; así que por supuesto habría que realizar algunos tests... el Rorschach en particular. Podía tratarse de una insidiosa esquizofrenia avanzada; podrían ser los estadios finales de un proceso congénito de enfermedad. O...

–Algunas personas pueden ver las manchas en mi rostro y leer mis pensamientos personales más claramente que otras –dijo el señor Tree–. He observado todo un espectro de habilidades... algunos apenas se dan cuenta, otros parecen tener un instantáneo gestalt de mis diferencias, de mis estigmas. Por ejemplo, mientras avanzaba por la acera hacia su consulta, había un negro barriendo al otro lado de la calle... ha dejado de trabajar y se ha concentrado en mí, pero naturalmente estaba demasiado lejos para burlarse de mí. De todos modos, ha visto. Es típico de las personas de clase baja. Lo he observado. En mayor proporción que la gente educada o culta.

–Me pregunto por qué ocurre esto –dijo Stockstill, tomando notas.

–Presumiblemente lo sabría si fuera usted competente. La mujer que me lo recomendó me dijo que era usted excepcionalmente capaz. –El señor Tree se le quedó mirando, como si no viera en absoluto ninguna señal de capacidad.

–Creo que será mejor que me proporcione algunos datos sobre usted –dijo Stockstill–. Veo que ha sido Bonny Keller quien le recomendó que acudiera a mí. ¿Cómo está Bonny? No la he visto desde el pasado abril o así... ¿ha abandonado su marido aquel trabajo en el parvulario rural como decía?

–No he venido aquí para hablar de George y Bonny Keller –dijo el señor Tree–. Me siento terriblemente apremiado, doctor. En cualquier momento pueden decidir completar su obra de destrucción conmigo; hace tanto tiempo que me acosan que... –Cambió de tema–. Bonny cree que estoy enfermo, y siento un gran respeto hacia ella. –Su tono era bajo, casi inaudible–. Así que me he dicho ve allí, al menos una vez.

–¿Siguen viviendo los Keller en West Marin?

El señor Tree asintió.

—Tengo una casa de verano allí —dijo Stockstill—. Soy un apasionado de la vela; voy a la bahía Tomales cada vez que puedo. ¿Ha intentado usted practicar alguna vez la vela? —dijo.

—No.

—Dígame dónde nació y cuándo.

El doctor Stockstill, con un hábil interrogatorio, empezó a obtener con detalle la historia de la vida de su paciente, hecho por hecho. Era esencial para lo que tenía que hacer: primero diagnóstico y luego, si era posible, tratamiento. Análisis y luego terapia. Un hombre conocido por todo el mundo que sufría alucinaciones de que los extraños lo miraban... ¿cómo, en un caso así, podía separarse la realidad de la fantasía? ¿Qué referencias tomar para distinguir la una de la otra?

Sería tan fácil, pensó Stockstill, diagnosticar allí un caso patológico. Tan fácil... Y tan tentador. Un hombre tan odiado... Yo mismo comparto su opinión, se dijo, la de *aquellos* de quienes me está hablando Bluthgeld... o más bien Tree. Después de todo, yo también formo parte de la sociedad, soy parte de la civilización amenazada por los grandiosos, extravagantes errores de cálculo de este hombre. Podría ocurrir, quizá algún día ocurra, que fueran mis hijos quienes sufrieran las quemaduras porque este hombre haya tenido la arrogancia de asumir que él no podía equivocarse.

Pero aún había algo más. En su tiempo, Stockstill había observado una cualidad retorcida en aquel hombre; lo había observado mientras lo entrevistaban por la televisión, lo había escuchado hablar, había leído sus fantásticos discursos anticomunistas... y llegado a la tentadora conclusión de que Bluthgeld sentía un profundo odio hacia la gente, lo suficientemente profundo y penetrante como para empujarle, dentro de alguno de sus niveles inconscientes, a cometer un error, a desear poner en peligro la vida de millones de seres.

No era de extrañar que el director del FBI, Richard Nixon, hubiera hablado tan vigorosamente acerca de «los militantes anticomunistas aficionados en los altos círculos científicos». Nixon también se había alarmado mucho antes del trágico error de 1972. Los elementos paranoicos, con las ilusiones no sólo mesiánicas sino también megalomaniacas, habían sido

palpables; Nixon, un experto conocedor de hombres, los había observado, y con él muchas otras personas. Y, evidentemente, habían estado en lo cierto.

–Vine a América –estaba diciendo el señor Tree– a fin de escapar de los agentes comunistas que deseaban asesinarme. Estaban tras de mí... como lo estaban también los nazis, por supuesto. Todos estaban tras de mí.

–Entiendo –dijo Stockstill, sin dejar de escribir.

–Todavía lo están, pero en última instancia van a fracasar –dijo el señor Tree roncamente, encendiendo un nuevo cigarrillo–. Porque tengo a Dios de mi lado; ve mis necesidades, y a menudo me ha hablado, dándome la sabiduría necesaria para sobrevivir a mis perseguidores. Actualmente estoy trabajando en un nuevo proyecto, en Livermore; los resultados van a ser definitivos en lo que concierne a nuestro enemigo.

Nuestro enemigo, pensó Stockstill. ¿Quién es nuestro enemigo... sino usted mismo, señor Tree? ¿No es usted quien está sentado aquí, volcando en mí sus ilusiones paranoides? ¿Cómo consiguió alguna vez ocupar el alto puesto que llegó a ocupar? ¿Quién es el responsable de haberle dado a usted poder sobre la vida de los demás... y de haber permitido que siguiera conservando ese poder incluso después del fracaso de 1972? Usted –y ellos– son seguramente nuestros enemigos.

Todos nuestros temores sobre usted resultan confirmados; está usted trastornado, su presencia aquí lo prueba. ¿Lo prueba? pensó Stockstill. No, no lo prueba, y quizá deba retirarme; quizá no sea ético que intente ocuparme de usted. Considerando cuales son mis sentimientos... no sabría tomar una posición imparcial, desinteresada, con respecto a usted; no puedo permanecer genuinamente científico, y consecuentemente mi diagnóstico podría demostrarse erróneo.

–¿Por qué me está mirando usted así? –estaba diciendo en aquel momento el señor Tree.

–¿Perdón? –murmuró Stockstill.

–¿Se siente usted repelido por mis desfiguraciones? –dijo el señor Tree.

–No... no –dijo Stockstill–. No es eso.

–¿Mis pensamientos, entonces? ¿Está usted leyéndolos y su carácter repugnante hace que desee que no hubiera entrado

en su consulta? –El señor Tree se puso en pie y se dirigió bruscamente hacia la puerta–. Buenos días.

–Espere. –Stockstill le siguió–. Terminemos al menos los datos biográficos; apenas hemos empezado.

–Tengo confianza en Bonny Keller –dijo el señor Tree tras una pausa, mirándole fijamente–; conozco sus opiniones políticas... no forma parte de la conspiración de la internacional comunista que intenta matarme a la primera oportunidad. –Volvió a sentarse, algo más tranquilo ahora. Pero su postura era de alerta; no se iba a permitir el relajarse ni un instante en presencia de Stockstill, se dio cuenta el psiquiatra. No se abriría, no se revelaría sinceramente tal como era. Continuaría mostrándose suspicaz... y quizá no estuviera equivocado, pensó Stockstill.

Mientras estacionaba su coche, Jim Fergesson, el propietario de la Modern TV, vio a su vendedor Stuart McConchie apoyado en su escoba frente a la tienda, no barriendo sino simplemente montando castillos en el aire o alguna otra cosa parecida. Siguió la mirada de McConchie, y constató que el vendedor no estaba gozando de la vista de alguna chica que pasaba o de algún coche de modelo raro –a Stu le gustaban las chicas y los coches, y era normal–, sino que observaba a los pacientes que entraban en la consulta del doctor al otro lado de la calle. Aquello no era normal. ¿Qué interés podía tener McConchie en aquello?

–Mira –dijo Fergesson mientras caminaba rápidamente hacia la entrada de su tienda–, deja esto; algún día quizá seas tú el enfermo, y entonces ¿te gustaría que algún estúpido se te quedara mirando así mientras tú acudes a pedirle ayuda al médico?

–Hey –respondió Stuart, girando la cabeza–, tan sólo estaba mirando a un tipo importante que acaba de entrar y que no consigo acordarme de quién es.

–Sólo un neurótico espía a los otros neuróticos –dijo Fergesson, y entró en la tienda, abrió la caja registradora y la llenó de cambio para el día.

De cualquier modo, pensó Fergesson, espera a ver a quien

he contratado como reparador de televisión; entonces vas a tener realmente a quién mirar.

–Escucha, McConchie –dijo–. ¿Sabes ese chico sin brazos ni piernas que va en ese carrito? ¿Ese focomelo que tiene tan sólo diminutos muñones como aletas de foca porque su madre tomó aquella droga en los años sesenta? ¿Ése que siempre está merodeando por aquí porque desea ser reparador de televisores?

Stuart, sujetando su escoba, dijo:

–Lo ha contratado.

–Ajá. Ayer, mientras tú estabas fuera, vendiendo.

Tras una pausa, McConchie dijo:

–Es malo para el negocio.

–¿Por qué? Nadie lo verá; va a estar abajo, en el departamento de reparaciones. Y de todos modos hay que darles trabajo a esa clase de personas; no es culpa suya que no tenga ni brazos ni piernas, es culpa de esos alemanes.

Tras otra pausa, Stuart McConchie dijo:

–Primero me contrata usted a mí, a un negro, y ahora a un foco. No soy nadie para decirlo, señor Fergesson, pero creo que está intentando organizarla.

Irritado, Fergesson dijo:

–Yo no intento nada, yo hago; no monto castillos en el aire, como tú. Soy un hombre que toma sus decisiones y actúa. –Fue a abrir la caja fuerte–. Su nombre es Hoppy. Vendrá esta mañana. Tendrías que verle manejar el material con sus manos electrónicas; es una maravilla de la ciencia moderna.

–Ya lo he visto –dijo Stuart.

–Y te molesta.

Stuart hizo un gesto.

–Es... antinatural.

Fergesson se lo quedó mirando.

–Escucha, no digas nada en esos términos al chico; si te pilló a ti o a cualquier otro de los vendedores o a quien sea que trabaje para mí...

–De acuerdo –murmuró Stuart.

–Estás aburrido –dijo Fergesson–, y el aburrimiento es una consecuencia de que no te empleas a fondo; holgazaneas, y en horas de trabajo. Si trabajaras duro no tendrías tiempo de

apoyarte en esa escoba y burlarte a espaldas de la pobre gente que va a ver al doctor. Te prohíbo desde ahora que estés fuera, en la acera; si te descubro allí te despido.

–Oh, Cristo, ¿cómo se supone entonces que iré a los sitios y a comer? ¿Y cómo entraré en la tienda, en primer lugar? ¿A través de la pared?

–Puedes ir y venir –decidió Fergesson–, pero no haraganear.

Con una dolida mirada, Stuart McConchie protestó:

–¡Oh, mierda!

Fergesson ya no prestaba atención a su vendedor; estaba preparando los expositores y los carteles publicitarios para la jornada.

Propiedad de
Editorial Planeta

2

El focomelo Hoppy Harrington llegaba generalmente en su carrito a la Modern TV Ventas y Reparaciones hacia las once cada mañana. Generalmente se deslizaba dentro de la tienda, se detenía frente al mostrador y, si Jim Fergesson estaba por allí, le pedía que le dejara bajar para ver cómo trabajaban los dos reparadores de televisores. Sin embargo, si Fergesson no estaba por allí, se iba casi en seguida, ya que sabía que los vendedores no le dejarían bajar; simplemente se reirían de él haciéndole falsas promesas. No le importaba. O al menos eso era lo que podía decir Stuart McConchie: no le importaba.

Pero, de hecho, Stuart se daba cuenta de que no comprendía a Hoppy, con su rostro afilado de ojos brillantes y su rápida y nerviosa manera de hablar que a menudo se convertía en un tartamudeo. No lo comprendía *psicológicamente*. ¿Por qué deseaba Hoppy reparar televisores? ¿Qué había de interesante en ello? La forma en que merodeaba por el lugar le hacía pensar a uno que era el mejor de los oficios. Y en cambio el trabajo de reparador era duro, sucio, y no estaba demasiado bien pagado. Pero Hoppy estaba apasionadamente determinado a convertirse en un reparador de televisores, y ahora lo había conseguido, puesto que Fergesson estaba obcecado en hacer lo correcto con todos los grupos minoritarios del mundo. Fergesson era miembro de la Unión Americana para las Libertades Civiles, de la Asociación Nacional para el Progreso de la Gente de Color y de la Liga de Ayuda a los Disminuidos... aunque esta última, por lo que sabía Stuart, no

era más que un grupo político a escala internacional creado para encontrar trabajos fáciles a todas las víctimas de la medicina y la ciencia modernas, como la multitud de la catástrofe Bluthgeld de 1972.

Y entonces, ¿qué hay conmigo?, se preguntó Stuart mientras se sentaba arriba en la oficina de la tienda para poner al corriente su talonario de ventas. Quiero decir, pensó, con un foco trabajando aquí... eso me convierte prácticamente en algo así como un monstruo producto de las radiaciones también, como si el hecho de ser de color fuera una especie de forma anticipada de quemaduras radiactivas. Se sintió repentinamente triste al pensar en aquello.

Hubo un tiempo, pensó, en el que todos los pueblos de la Tierra eran blancos, y entonces algún pollino de mierda hizo estallar una bomba a gran altura digamos que hace unos diez mil años, y algunos de nosotros resultamos quemados, y fue algo que se hizo permanente, afectó a nuestros genes. Y así estamos hoy.

Otro vendedor, Jack Lightheiser, entró y se sentó al otro lado del escritorio frente a él y encendió un Corona.

—He oído que Jim ha contratado a ese chico del carrito —dijo Lightheiser—. Sabes por qué lo ha hecho, ¿no? Por publicidad. Todas las revistas de ciencia ficción hablarán de ello. A Jim le gusta ver su nombre en los papeles. Es muy astuto, cuando uno piensa en ello. El primer comerciante minorista en la Bahía Este que contrata a un foco.

Stuart gruñó.

—Jim tiene una imagen idealizada de sí mismo —dijo Lightheiser—. No es tan sólo un comerciante; es un moderno romano, es una mente cívica. Después de todo, es un hombre educado... posee un doctorado por Stanford.

—Eso ya no significa nada —dijo Stuart. Él mismo había conseguido un doctorado por California en 1975, y ya podía ver a dónde lo había llevado.

—Lo obtuvo cuando aún significaba algo —dijo Lightheiser—. Después de todo, se graduó en 1947; está en aquel documento extendido por el Gobierno que posee.

Bajo ellos, ante la puerta principal de la Modern TV, apareció un carrito a ruedas, en cuyo centro, frente a un panel de

control, estaba sentada una figura delgada. Stuart gruñó y Lightheiser le miró.

–Es un pelmazo –dijo Stuart.

–Dejará de serlo cuando empiece a trabajar –dijo Lightheiser–. El chico es todo cerebro, nada de cuerpo, o muy poco. Lo único que tiene es una mente poderosa, y también ambición. Dios, tiene tan sólo diecisiete años y todo lo que desea es trabajar, salir de la escuela y trabajar. Es admirable.

Ambos contemplaron a Hoppy en su carrito; Hoppy rodó hacia las escaleras que descendían al departamento de reparaciones de televisores.

–¿Los chicos de abajo ya lo saben? –preguntó Stuart.

–Oh, seguro. Jim se lo dijo la noche pasada. Se lo toman con filosofía; ya sabes como son los reparadores de televisores: maldicen de todo, pero eso no quiere decir nada; se pasan maldiciendo todo el tiempo.

Al oír la voz del vendedor, Hoppy miró bruscamente hacia arriba. Su delgado y adusto rostro se enfrentó a ellos; sus ojos llameaban cuando dijo tartamudeando:

–Hey, ¿está por ahí el señor Fergesson?

–No –dijo Stuart.

–El señor Fergesson me ha contratado –dijo el foco.

–Ajá –dijo Stuart. Ni él ni Lightheiser se movieron; permanecieron sentados junto al escritorio, mirando hacia abajo, al foco.

–¿Puedo bajar? –preguntó Hoppy.

Lightheiser se alzó de hombros.

–Salgo a tomar una taza de café –dijo Stuart, poniéndose en pie–. Volveré en diez minutos; vigila la tienda por mí, ¿vale?

–Seguro –dijo Lightheiser, asintiendo mientras chupaba su cigarro.

Cuando Stuart llegó a la planta baja el foco aún seguía allí; todavía no había iniciado el difícil descenso al sótano.

–Espíritu del 72 –dijo Stuart al pasar al lado del carrito.

El foco enrojeció y tartamudeó:

–Nací en 1964; no tengo nada que ver con aquella explosión. –Mientras Stuart cruzaba la puerta y salía a la calle, el foco gritó tras él, ansiosamente–: Fue esa droga, esa talidomida. Todo el mundo lo sabe.

Stuart no respondió; siguió su camino hacia la taza de café.

Al focomelo le costó maniobrar su carrito escalera abajo hasta el sótano, donde los reparadores de televisores trabajaban en sus bancos, pero tras un tiempo lo consiguió, agarrado el pasamanos con los extensores manuales que generosamente le había proporcionado el gobierno de Estados Unidos. Los extensores no eran en realidad muy buenos; tenían ya cinco años, y no solamente estaban parcialmente gastados sino que estaban –como había podido comprobar leyendo las publicaciones especializadas del momento– anticuados. En teoría, el gobierno debía reemplazar su equipo por el modelo más reciente; el Decreto Remington así lo especificaba, y él había escrito al decano de los senadores de California, Alf M. Partland, al respecto. Sin embargo, hasta el presente no había recibido respuesta. Pero era paciente. Había escrito varias veces cartas a los miembros de la Cámara de Representantes de Estados Unidos sobre toda una variedad de temas, y a menudo las respuestas habían llegado muy tarde o simplemente habían consistido en circulares impresas, y a veces ni siquiera había habido respuesta.

En este caso, sin embargo, Hoppy Harrington tenía la ley de su lado, y era tan sólo una cuestión de tiempo antes de que consiguiera obligar a alguien con la suficiente autoridad a darle lo que le correspondía. Se sentía intransigente al respecto: paciente e intransigente. *Tenían* que ayudarle, lo quisieran o no. Su padre, un criador de ovejas en el valle de Sonoma, se lo había dicho claramente: no dudes nunca en exigir lo que te corresponde por derecho.

Rugieron sonidos. Los reparadores trabajaban; Hoppy hizo una pausa, abrió la puerta e hizo frente a los dos hombres sentados ante sus largos y atestados bancos, con sus instrumentos y medidores, sus diales y herramientas y televisores en todos los estadios de descomposición. Ninguno de los reparadores hizo ademán de haberle visto.

–Oye –dijo de pronto uno de los reparadores, sorprendiéndole–. El trabajo manual está muy mal considerado. ¿Por

qué no te buscas algo intelectual, por qué no te vuelves a la escuela y sacas algún título?-. El reparador se giró para mirarle interrogativamente.

No, pensó Hoppy. Deseo trabajar con... mis manos.

-Podrías convertirte en un científico -dijo el otro reparador, sin dejar su trabajo; estaba verificando un circuito, estudiando su voltímetro.

-Como Bluthgeld -dijo Hoppy.

El reparador se echó a reír al oír aquello, con simpatía y comprensión.

-El señor Fergesson me dijo que me darían algún trabajo -dijo Hoppy-. Algo fácil de hacer, para empezar. ¿De acuerdo? -Esperó, temeroso de que no le respondieran, y entonces uno de ellos señaló hacia un tocadiscos automático-. ¿Qué es lo que le pasa? -dijo Hoppy, examinando la tarjeta de reparación-. Sé que puedo arreglarlo.

-Un muelle roto -dijo uno de los reparadores-. No se para después del último disco.

-Ya veo -dijo Hoppy. Tomó el tocadiscos con sus dos extensores manuales y rodó hacia el extremo más alejado del banco, donde había un espacio despejado-. Trabajaré aquí.

Los reparadores no protestaron, así que tomó unas pinzas. Es fácil, se dijo. He practicado en casa. Se concentró en el tocadiscos pero sin dejar de observar a los dos reparadores con el rabillo del ojo. He practicado muchas veces; casi siempre funciona, y cada vez mejor, cada vez es más preciso. Más previsible. Un muelle es un objeto pequeño, pensó, tan pequeño como cualquier otra cosa. Tan ligero que bastaría con soplarle. Ya veo dónde estás roto, pensó. Moléculas de metal que no se tocan como antes. Se concentró en aquel punto, sujetando las pinzas de tal modo que el reparador que estaba más cerca de él no pudiera ver; pretendió sujetar el muelle como si intentara sacarlo.

Cuando terminó se dio cuenta de que había alguien detrás de él, observándole desde hacía un rato; se giró y vio a Jim Fergesson, su patrón, sin decir nada sino simplemente de pie allí con una peculiar expresión en su rostro, las manos metidas en los bolsillos.

-Ya está -dijo Hoppy nerviosamente.

–Déjame ver –dijo Fergesson. Tomó el tocadiscos, lo levantó hasta la luz de los tubos fluorescentes.

¿Me habrá visto?, se preguntó Hoppy. ¿Comprende, y si es así qué piensa de ello? ¿No le gusta, le preocupa? ¿Se siente... horrorizado?

Hubo un silencio mientras Fergesson inspeccionaba el tocadiscos.

–¿De dónde has tomado el muelle nuevo? –preguntó de pronto.

–Oh, estaba por ahí –dijo rápidamente Hoppy.

Todo iba bien. Fergesson, si lo había visto, no había comprendido nada. El focomelo se relajó y se sintió contento, sintió que un placer de orden superior tomaba el lugar de su anterior ansiedad; sonrió a los dos reparadores, y miró a su alrededor en busca de un próximo trabajo.

–¿No te pone nervioso que haya alguien mirándote? –dijo Fergesson.

–No –dijo Hoppy–. La gente puede mirarme todo lo que quiera; ya sé que soy diferente. Me han mirado desde mi nacimiento.

–Quiero decir cuando trabajas.

–No –dijo, y su voz sonó fuerte, quizá demasiado fuerte, en sus oídos–. Antes de tener un carrito –dijo–, antes de que el gobierno me proporcionara nada, mi padre me llevaba de un lado a otro cargado a su espalda, en una especie de mochila. Como un niño indio. –Sonrió, inseguro.

–Entiendo –dijo Fergesson.

–Esto ocurría en Sonoma –dijo Hoppy–. Allí crecí. Había ovejas. En una ocasión un camero me topeteó y salí volando por los aires. Como una pelota. –Se echó a reír de nuevo; los dos reparadores lo miraban silenciosos, haciendo ambos una pausa en su trabajo.

–Apuesto –dijo uno de ellos tras un instante– a que seguirte rodando cuando llegaste al suelo.

–Sí –dijo Hoppy, sonriendo.

Todos ellos sonreían ahora, él y Fergesson y los dos reparadores; imaginaban la escena, con él, Hoppy Harrington, a los siete años, sin brazos ni piernas, sólo un torso y una cabeza, girando por el suelo, gritando de miedo y dolor...

pero era divertido; lo sabía. Lo contaba de modo que fuera divertido; lo hacía a propósito.

–Estás mucho mejor equipado ahora, con tu carrito –dijo Fergesson.

–Oh, sí –dijo Hoppy–. Y estoy diseñando uno nuevo, un diseño propio; todo electrónico. He leído un artículo sobre conexiones cerebrales, las están aplicando en Suiza y en Alemania. Uno es conectado de tal modo a los centros motores del cerebro que no hay tiempo de respuesta: uno puede moverse tan rápidamente como... como una estructura fisiológica normal. –Había estado a punto de decir *como un ser humano*–. Lo habré perfeccionado en un par de años –dijo–, y será incluso un perfeccionamiento con respecto a los modelos suizos. Y entonces podré librarme de toda esa chatarra gubernamental.

–Admiro tu valor –dijo Fergesson con voz formalmente solemne.

Sonriendo, Hoppy dijo con un ligero tartamudeo:

–G...gracias, señor Fergesson.

Uno de los reparadores le tendió un sintonizador multiplex de frecuencia modulada.

–Fluctúa. Mira a ver qué puedes hacer para arreglarlo.

–De acuerdo –dijo Hoppy, tomándolo con sus extensores metálicos–. Seguro que podré. He hecho un montón de reglajes así en casa; soy un experto en eso.

Para él era el trabajo más sencillo de todos: tan sólo tenía que concentrarse en el instrumento. Era como si estuviera pensado para él y sus habilidades.

Bonny Keller miró el calendario de la pared de su cocina y vio que aquél era el día en que su amigo Bruno Bluthgeld iba a ver a su psiquiatra, el doctor Stockstill, a su consulta en Berkeley. De hecho ya había visto a Stockstill, había tenido su primera hora de terapia y se había marchado. Sin duda ahora debía estar conduciendo de vuelta a Livermore y a su propia oficina en el Laboratorio de Radiación, el laboratorio para el cual ella misma había trabajado hacía unos años, antes de quedar encinta; allí era donde había conocido al doctor Bluth-

geld en 1975. Ahora tenía treinta y un años y vivía en West Marin; su esposo George era el director adjunto de la escuela primaria local, y ella se sentía muy feliz.

Bueno, no *completamente* feliz. Tan sólo moderadamente –tolerablemente– feliz. Continuaba haciéndose psicoanalizar –una vez a la semana en lugar de tres–, y en muchos aspectos se conocía mejor a sí misma, sus derivaciones inconscientes y sus distorsiones sistemáticas de la realidad de la situación. Seis años de análisis le habían hecho mucho bien, pero no estaba curada. En realidad no existía curación: la «enfermedad» era la propia vida, y era preciso que se produjera un crecimiento constante (o más bien una adaptación a un crecimiento viable), o el resultado sería un estancamiento psíquico.

Y estaba determinada a no estancarse. Precisamente ahora estaba leyendo *La decadencia de Occidente* en su original alemán; llevaba leídas cincuenta páginas y valía realmente la pena. ¿Y quién otro había aparte de ella que las hubiera leído, incluso en inglés?

Su interés hacia la cultura germánica, a través de su producción literaria y filosófica, había empezado hacía unos años, a resultas de su contacto con el doctor Bluthgeld. Aunque había estudiado tres años de alemán en la universidad, no lo había tomado como un elemento vital para su vida adulta; como muchas otras cosas de las que había aprendido concienzudamente, se había sumergido en su inconsciente desde que se había graduado y conseguido un empleo. La magnética presencia de Bluthgeld había reactivado y ampliado muchos de sus intereses académicos, su amor a la música y al arte... reconocía su gran deuda con Bluthgeld, y se sentía agradecida por ello.

Ahora, por supuesto, Bluthgeld estaba enfermo, como sabía casi todo el mundo en Livermore. El hombre poseía una conciencia profunda, y no había dejado de sufrir desde el error de 1972... y todos aquellos que lo sabían, todos aquellos que formaban parte de Livermore en los días del suceso, reconocían que no había sido específicamente culpa suya; no era su responsabilidad personal, pero él la había hecho suya, y a causa de ello había caído enfermo, un poco más a cada año que pasaba.

Mucha gente entrenada, y los más delicados aparatos, las más sofisticadas computadoras de la época, se habían visto involucrados en el cálculo erróneo... erróneo no en términos de la totalidad del conocimiento disponible en 1972, sino erróneo en relación a la situación real. Las enormes masas de nubes radiactivas no habían derivado hacia el espacio como se calculaba sino que habían sido atraídas por el campo gravitatorio terrestre y habían regresado a la atmósfera; nadie se había sorprendido más que el personal de Livermore. Ahora, por supuesto, la Capa Jamison-French era completamente conocida; incluso las revistas populares como *Time* y *US News* podían explicar lúcidamente lo que había fallado y por qué. Pero esto era nueve años más tarde.

Pensando en la Capa Jamison-French, recordó el acontecimiento del día que estaba a punto de perderse. Se dirigió al televisor del salón y lo conectó. ¿Habría sido lanzado ya?, se preguntó. Consultó su reloj. No, no antes de media hora. La pantalla se iluminó, y el cohete estaba aún allá en su torre de lanzamiento, rodeado de personal, de camiones, de aparatos; estaba aún en el suelo, y probablemente Walter Dangerfield y la señora Dangerfield aún no habían subido a bordo.

La primera pareja que emigraba a Marte, se dijo a sí misma socarronamente, pensando en lo que debía de sentir Lydia Dangerfield en aquel momento... aquella alta mujer rubia que sabía que sus probabilidades de alcanzar Marte habían sido computadas en tan sólo un 60 por ciento. Les aguardaba un gran equipo, enormes excavaciones y construcciones, pero ¿y si resultaban incinerados por el camino? De todos modos, aquello debía de estar impresionando al bloque soviético, que había fracasado en su intento de establecer una colonia en la Luna; los rusos habían muerto penosamente, por falta de aire o de alimentos... nadie lo sabía con exactitud. Fuera como fuese, la colonia había desaparecido. Había salido de la historia del mismo modo como había entrado, misteriosamente.

La idea de la NASA enviando tan sólo a una pareja, un hombre y su esposa, en lugar de un grupo, la asombraba; sentía instintivamente que era dar oportunidades al fracaso no diversificar las posibilidades. Debería de haber algunas per-

sonas partiendo de Nueva York, otras de California, pensó mientras observaba en la pantalla del televisor a los técnicos procediendo a las últimas inspecciones en el cohete. ¿Cómo se le llamaba a aquello? ¿Compensar los riesgos? De todos modos, no debían colocarse todos los huevos en una sola cesta... y sin embargo esto era lo que había hecho siempre la NASA: un solo astronauta cada vez, desde el principio, y siempre con mucha publicidad. Cuando Henry Chancellor, allá por 1967, había ardidido en partículas en su plataforma espacial, todo el mundo había podido verlo a través de la televisión... con el corazón encogido, por supuesto, pero les habían dejado verlo. Y la reacción pública había retrasado la exploración espacial en Occidente durante cinco años.

—Como pueden ver ustedes ahora —estaba diciendo el locutor de la NBC con voz suave pero apresurada—, se están realizando los últimos preparativos. La llegada del señor y la señora Dangerfield es esperada de un momento a otro. Permítannos recordarles una vez más para su información los enormes preparativos que se han necesitado para garantizar...

Pamplinas, se dijo Bonny Keller, y con un estremecimiento apagó el televisor. No puedo mirar, se confesó.

Pero, por otro lado, ¿qué otra cosa podía hacer? ¿Tan sólo permanecer sentada mordiéndose las uñas durante las próximas seis horas... de hecho durante las dos próximas semanas? La única respuesta hubiera sido *no* recordar que hoy era el día en que iba a ser lanzada la Primera Pareja. De todos modos, ahora ya era demasiado tarde para no recordarlo.

Le gustaba pensar en ellos así, como *la primera pareja...* como algo leído en una antigua y sentimental historia de ciencia ficción. Adán y Eva, revisados y actualizados, excepto que en realidad Walt Dangerfield no era un Adán: daba más bien la imagen del último y no del primer hombre, con su retorcida y mordiente inteligencia y su entrecortado y casi cínicamente modo de hablar cuando se dirigía a los periodistas. Bonny lo admiraba: Dangerfield no era un cualquiera, no era un joven autómatas rubio con el pelo cortado a cepillo, preocupado únicamente por la última tarea que le había asignado la Fuerza Aérea. Walt era una persona real, y no había la menor duda de que por eso lo había seleccionado la NASA. Sus ge-

nes... probablemente debían estar henchidos con cuatro mil años de cultura, con la herencia de la humanidad contenida en ellos. Walt y Lydia fundarían una Nova Terra... dentro de poco habría montones de sofisticados pequeños Dangerfield correteando por Marte, declamando intelectualmente y sin embargo rezumando pura ironía como la rezumaba el propio Dangerfield.

–Imagínenlo como una larga autopista –había dicho en una ocasión Dangerfield en una entrevista, respondiendo a la pregunta de un periodista acerca de los peligros del viaje–. Un millón y medio de kilómetros y diez carriles... sin nadie que te venga de frente, sin ningún camión que te estorbe el paso. Piensen que son las cuatro de la madrugada... y sólo está tu coche, no hay ningún otro. Así que, ¿por qué preocuparse? –Y entonces había sonreído como sólo él sabía hacerlo.

Bonny se inclinó y volvió a conectar el televisor.

Y entonces apareció en la pantalla el rubicundo rostro de Walt Dangerfield, con sus gafas; llevaba su traje espacial –todo menos el casco–, y a su lado estaba Lydia, silenciosa, mientras Walt respondía a las preguntas.

–Me han dicho –estaba diciendo Walt, con un movimiento de chicle en su mandíbula, como si estuviera masticando la pregunta antes de contestarla– que hay una E. V. D en Boise, Idaho, que está preocupada por mí. –Miró hacia un lado, como si alguien en la ruidosa habitación le hubiera hecho una pregunta–. ¿Una E. V. D.? –dijo–. Bueno... es un término acuñado por el ya difunto Herb Caen para Encantadora Vieja Dama... siempre hay alguna de ellas, en cualquier lugar. Probablemente habrá una también en Marte, y vivirá en la calle de enfrente de nosotros. Bueno, como iba diciendo, ésa de Boise, si he comprendido bien, está algo inquieta acerca de Lydia y de mí, preocupada porque nos pueda pasar algo. Así que nos ha enviado un amuleto. –Lo mostró, sujetándolo torpemente con el grueso guante de su traje. Todos los periodistas murmuraron, divertidos–. Bonito, ¿verdad? –dijo Dangerfield–. Les diré para qué sirve: es bueno para el reuma. –Los periodistas rieron–. En caso de que pillemos el reuma en Marte. ¿O será la gota? Creo que dice la gota en su carta. –Miró a su mujer–. Es la gota, ¿verdad?

Imagino, pensó Bonny, que aún no se fabrican amuletos para eludir los meteoritos o las radiaciones. Se sentía triste, como si una premonición hubiera planeado sobre ella. ¿O se trataba únicamente de que aquél era el día de la primera visita de Bruno Bluthgeld al psiquiatra? Aquel hecho le traía pensamientos dolorosos, pensamientos de muerte y radiaciones y errores de cálculo y terrible e interminable enfermedad.

No creo que Bruno se haya vuelto paranoico esquizofrénico, se dijo. Es tan sólo un deterioro de la situación, y con la adecuada ayuda psiquiátrica –unas pocas píldoras aquí y allá– volverá a estar bien. Es una irregularidad endocrina que se manifiesta físicamente, y que puede curarse muy bien con eso; no es un defecto de carácter, una constitución psicótica revelándose bajo la forma de estrés.

Pero lo que sé, pensó melancólicamente, es que fue necesario que Bruno se sentara aquí y nos dijera que «ellos» estaban envenenando su agua potable para que George y yo nos diéramos cuenta de lo grave que era el asunto... ya que él simplemente parecía deprimido.

En aquel momento podía imaginar a Bruno con una receta para algunas píldoras que estimularan el córtex o aislaran el diencéfalo; en cualquier caso el moderno equivalente occidental de las hierbas medicinales chinas, alterando el metabolismo del cerebro de Bruno, librándole de sus obsesiones como si fueran telarañas. Y todo volvería a ir bien de nuevo; ella y George y Bruno estarían juntos de nuevo para sus Conciertos de Música Barroca de West Marin, interpretando a Bach y a Haendel por la noche... como antes. Ellos dos a la flauta de la Selva Negra (auténticas ambas), y ella al piano. El salón lleno de la barroca música y el aroma del pan horneado en casa, y una botella de vino de Buena Vista de la más antigua bodega de California...

En la pantalla del televisor Walt Dangerfield estaba bromeando con su elaborado estilo, una mezcla de Voltaire y Will Rogers.

–Oh, sí –estaba diciendo a una periodista que llevaba un divertido sombrero amplísimo–. Esperamos descubrir un montón de extrañas formas de vida en Marte. –Y miró a su sombrero, como diciendo: «Creo que ahí hay una», y todos

los periodistas rieron de nuevo—. Creo que se ha movido —dijo, señalando el sombrero a su tranquila e impassible esposa—. Está viniendo hacia nosotros, querida.

La quiere realmente, se dijo Bonny, observándolos a los dos. Me pregunto si George ha sentido alguna vez hacia mí lo mismo que Walt Dangerfield siente hacia su esposa; lo dudo, francamente. Si fuera así, nunca me hubiera permitido llevar a cabo esos dos abortos terapéuticos. Aquello la hizo sentirse aún más triste, y se levantó y se alejó del televisor, dándole la espalda.

A George tendrían que enviar a Marte, pensó amargamente. O mejor aún, enviarnos a todos nosotros, a George y a mí y a los Dangerfield; George podría tener un escarceo con Lydia Dangerfield —si es capaz— y yo podría acostarme con Walt; estoy segura de que sería una compañera adecuada para la gran aventura. ¿Por qué no?

Me gustaría que ocurriera algo, se dijo. Me gustaría que Bruno llamara para decir que el doctor Stockstill lo había curado, o me gustaría que Dangerfield decidiera repentinamente que no seguía adelante, o que los chinos desencadenaran la tercera guerra mundial, o que George firmara de una vez ese horrible contrato con la dirección de la escuela como ha dicho que haría. Algo, cualquier cosa. Quizá, pensó, debería sacar mi rueda de alfarero y ponerme a hacer cerámica; regresar a la autoproclamada creatividad, o dedicarme a la sodomía, o lo que sea. Podría dedicarme a la cerámica porno. Diseñarla, cocerla en el horno de Violet Clatt, venderla en San Anselmo a la Compañía de Artes Creativas, esa asociación de mujeres que rechazó mi bisutería soldada el año pasado. Sé que aceptarían una cerámica porno si fuera realmente una *buena* cerámica porno.

Una pequeña multitud se había reunido ante el escaparate de la Modern TV para contemplar el enorme aparato estéreo de televisión en color, ya que en todos lados el vuelo de los Dangerfield era mostrado a todos los americanos, en sus casas y en sus lugares de trabajo. Stuart McConchie permanecía con los brazos cruzados, detrás de la gente, mirando también.

–El fantasma de John L. Lewis –estaba diciendo Walt Dangerfield con su seca voz– comprendería el verdadero sentido de las dietas de traslado... De no haber sido por él, probablemente me hubieran pagado unos cinco dólares por hacer este viaje, con el argumento de que mi trabajo no empezará realmente hasta que haya llegado allí. –Su expresión era más seria ahora; era ya casi el momento para él y Lydia de entrar en la cápsula de la nave–. Tan sólo recuerden esto: si nos ocurre alguna cosa, si nos perdemos, no vengán a buscarnos. Quédense en casa; estoy seguro de que Lydia y yo reapareceremos en alguna parte.

–Buena suerte –estaban murmurando los periodistas, mientras los oficiales y los técnicos de la NASA aparecían y se llevaban a los Dangerfield fuera del campo de visión de las cámaras.

–No va a ser largo –dijo Stuart a Lightheiser, que se había reunido con él para verlo también.

–Es un idiota –dijo Lightheiser, masticando un palillo–. No volverá nunca; no van a quedar ni los huesos.

–¿Y por qué querría volver? –dijo Stuart–. ¿Qué hay que sea interesante aquí? –Sentía envidia de Walt Dangerfield; le hubiera gustado ser él, Stuart McConchie, el que estaba ante las cámaras de televisión, contemplado por todo el mundo.

Hoppy Harrington llegó apresuradamente en su carrito, procedente de las escaleras que conducían al sótano.

–¿Ya lo han lanzado? –preguntó a Stuart con voz nerviosamente precipitada, mirando la pantalla–. Se quemarán; les pasará lo mismo que aquella otra vez, en el 65. Yo no lo recuerdo, naturalmente, pero...

–Cállate, ¿quieres? –dijo en voz baja Lightheiser, y el focomelo enrojeció y guardó silencio.

Entonces todos se quedaron mirando, cada uno con sus propios pensamientos y reacciones, mientras en la pantalla del televisor el último equipo de inspección aparecía en un andamiaje a la altura del morro del cohete. La cuenta atrás iba a empezar de un momento a otro; el cohete había sido cargado de combustible, comprobado concienzudamente, y ahora la pareja estaba entrando en él. El pequeño grupo alrededor del televisor se agitó y murmuró.

Un poco después, aquella misma tarde, su espera sería recompensada, ya que el Dutchman IV emprendería el vuelo, orbitaría la Tierra durante aproximadamente una hora, y la gente seguiría ante la pantalla de televisión mirando, viendo como el cohete giraba y giraba, y entonces finalmente se tomaría la decisión, y alguien abajo en el búnker de cemento prendería la ignición de la última fase y el cohete orbital cambiaría su trayectoria y abandonaría el mundo. Ya lo habían visto otras veces; era casi lo mismo cada vez, pero en esta ocasión había algo nuevo, ya que la gente de aquel cohete no regresaría nunca. Por eso valía la pena perder un día frente al aparato; la multitud estaba dispuesta a esperar.

Stuart McConchie pensó en ir a comer y luego regresar y seguir mirando; se pararía de nuevo allí, junto a los demás. Iba a trabajar muy poco aquel día, no iba a vender televisores a nadie. Pero eso era más importante. No podía perderlo. Quizá yo esté también ahí algún día, se dijo; quizá yo emigre también más adelante, cuando haya ganado lo suficiente como para casarme, tomar a mi esposa y a mis hijos e iniciar una nueva vida allá arriba en Marte, cuando la colonia esté creciendo y sea algo más que máquinas.

Se imaginó a sí mismo en la cápsula, como Walt Dangerfield, atado junto a una mujer enormemente atractiva. Ambos pioneros, él y ella, fundando una nueva civilización en un nuevo planeta. Pero entonces su estómago gruñó y se dio cuenta de lo hambriento que estaba; no podía posponer por mucho tiempo la comida.

Mientras seguía mirando al enorme cohete erguido en la pantalla del televisor, sus pensamientos se desviaron hacia un plato de sopa y panecillos y estofado de buey y tarta de manzanas con helado, todo ello servido en el café de Fred.

3

Stuart McConchie comía casi cada día en el café que estaba un poco más arriba en la misma calle que la Modern TV. Hoy, al entrar en el café de Fred, vio con irritación que el carrito de Hoppy Harrington estaba aparcado en la parte del fondo, con Hoppy comiendo tranquilamente del modo más natural, como si fuera un cliente asiduo. Maldita sea, pensó Stuart. Está tomando el mando; los focos están tomando el mando. Y ni siquiera lo he visto marcharse de la tienda.

De todos modos, Stuart se sentó a una mesa y consultó el menú. No conseguirá echarme de aquí, se dijo a sí mismo mientras miraba cuál era el plato del día y lo que costaba. Estaban a finales de mes, y Stuart estaba casi sin blanca. Constantemente estaba pendiente del cheque quincenal de la paga; Ferguson los enviaba siempre personalmente a finales de semana.

El chillón sonido de la voz del foco le llegó a Stuart mientras sorbía su sopa; Hoppy estaba contando alguna de sus historias, pero ¿a quién? ¿A Connie, la camarera? Stuart giró la cabeza y vio que tanto la camarera como Tony el cocinero estaban de pie cerca del carrito de Hoppy, escuchando, y ninguno de los dos mostraba la menor repulsión hacia el foco.

Entonces Hoppy vio y reconoció a Stuart.

—¡Hey! —llamó.

Stuart inclinó la cabeza y se giró de nuevo, concentrándose en su sopa.

El foco le estaba diciendo a todo el mundo algo acerca de un invento suyo, una especie de trasto electrónico que había

construido o que pensaba construir... Stuart no lo sabía seguro, y por supuesto tampoco le importaba. No era cosa suya lo que Hoppy construyera, ni qué tipo de ideas locas emanaban del cerebro del medio hombre. No había la menor duda de que sería algo estúpido, se dijo. Algo extravagante, como la máquina de movimiento perpetuo... quizá un carrito de movimiento perpetuo para conducirlo él. Se rió ante aquella idea, divertido. Tengo que decírselo a Lightheiser, decidió. El movimiento perpetuo de Hoppy... y entonces pensó: su focomóvil. Stuart no pudo evitar el echarse a reír.

Hoppy oyó su risa y evidentemente pensó que se estaba riendo de algo de lo que él decía.

–Hey, Stuart –dijo–, ven aquí conmigo, te invito a una cerveza.

El imbécil, pensó Stuart. ¿No sabe que Fergesson nunca nos deja beber cerveza a la hora de la comida? Es una regla; si tomamos una cerveza se supone que no vale la pena que volvamos a la tienda, y ya nos enviará el cheque por correo.

–Escucha –le dijo al foco, girándose en su silla–, cuando trabajes un poco más para Fergesson sabrás que no tienes que decir estupideces como ésta.

El foco enrojeció y murmuró:

–¿Qué quieres decir?

–Fergesson no quiere que sus empleados beban –dijo el cocinero–; es contrario a su religión, ¿no es así, Stuart?

–Exacto –dijo Stuart–, y será mejor que lo aprendas.

–No lo sabía –dijo el foco–, y de todos modos yo tampoco hubiera bebido. Pero no veo qué derecho tiene un patrón de decirle a sus empleados lo que pueden hacer durante su tiempo libre. Ésta es la hora de la comida, y uno tendría que poder beber una cerveza si le apeteciera. –Su voz era cortante, llena de ceñuda indignación. Ya no estaba bromeando.

–No quiere que sus vendedores vuelvan oliendo como una cervecería –dijo Stuart–; y creo que tiene razón. Podría ofender a cualquier vieja dama que entrara a comprar.

–Comprendo esto para los vendedores como tú –dijo Hoppy–, pero yo no soy un vendedor; soy un reparador, y me bebería una cerveza si me apeteciera.

El cocinero parecía incómodo.

–Mira, Hoppy... –empezó.

–Eres demasiado joven para tomarte una cerveza –dijo Stuart. Ahora todo el mundo en el café los estaba mirando y escuchando.

El rostro del foco adquirió un color rojo intenso.

–Soy mayor –dijo, con una voz calmada y átona.

–No le sirvas ninguna cerveza –dijo Connie, la camarera, al cocinero–. Es tan sólo un muchacho.

Metiéndose un extensor en el bolsillo, Hoppy extrajo su portadocumentos y lo depositó secamente sobre el mostrador.

–Tengo veintiuno –dijo.

Stuart se echó a reír.

–Tonterías –dijo.

Debía de haber algo falso en aquella identificación, se dijo. El idiota se la debía de haber hecho él mismo o la había rectificado o algo así. Tenía que ser exactamente como todo el mundo; era una obsesión para él.

El cocinero examinó la identificación del portadocumentos y dijo:

–Huuu, dice que tiene la edad. Pero Hoppy, recuerda aquella otra vez que viniste aquí y te serví una cerveza; recuerda...

–Tienes que servirme –dijo el foco.

Con un gruñido, el cocinero fue a buscar una botella de cerveza Hamm y la dejó, sin abrir, delante de Hoppy.

–Un abridor –dijo el foco.

El cocinero fue a buscar un abridor; lo hizo deslizar sobre el mostrador, y Hoppy abrió la botella.

Haciendo una profunda inspiración, se la bebió.

¿Qué está pasando?, se dijo Stuart, observando la forma como el cocinero y Connie –y también una pareja de clientes– miraban a Hoppy. ¿Se cae redondo o algo así? ¿Tal vez se convierte en un loco furioso? Se sintió al mismo tiempo profundamente disgustado e intranquilo. Me gustaría haber terminado de comer, pensó; me gustaría estar fuera de aquí. Pase lo que pase, no quiero ser testigo de ello. Volveré a la tienda y miraré de nuevo el cohete, decidió. Seguiré el vuelo de Dangerfield; no tengo por qué perder el tiempo aquí.

Pero se quedó donde estaba, porque algo estaba ocurriendo, algo peculiar relacionado con Hoppy Harrington; no podía apartar su atención de él por mucho que lo intentara.

En el centro de su carrito, el focomelo se había acurrucado como si fuera a dormirse. Yacía con su cabeza apoyada sobre la barra de dirección, y sus ojos estaban casi cerrados; su mirada era vidriosa.

–Dios –dijo el cocinero–. Está empezando de nuevo. –Parecía implorar al resto de la asistencia, como si les pidiera que hicieran algo, pero nadie se movió; todos permanecieron de pie o sentados allí donde estaban.

–Sabía que ocurriría –dijo Connie con voz amarga y acusadora.

Los labios del foco temblaron, y dijo en un murmullo:

–Preguntadme. Que alguien me pregunte.

–¿Preguntarte qué? –dijo rabioso el cocinero. Hizo un gesto de disgusto, dio media vuelta y se alejó a vigilar su parrilla.

–Preguntadme –repitió Hoppy, con una voz embotada y lejana, como si estuviera hablando en alguna especie de trance.

Observándolo, Stuart se dio cuenta de que era efectivamente un trance, alguna clase de epilepsia. Estaba deseando levantarse e irse de allí, pero no podía moverse; como todos los demás, permanecía en su sitio, observando.

–¿No puedes llevártelo a la tienda? –dijo Connie a Stuart–. ¡Lo único que tienes que hacer es empujarlo! –Le miró con ojos irritados, pero no era culpa de él; Stuart se apartó a un lado e hizo un gesto para mostrar su impotencia.

El foco se agitó en su carrito, murmurando y retorciendo sus extensores manuales de plástico y metal.

–Preguntadme acerca de ello –estaba diciendo–. Vamos, antes de que sea demasiado tarde; puedo decíroslo ahora, puedo verlo.

Desde su parrilla, el cocinero dijo en voz alta:

–Me gustaría que alguno de vosotros se lo preguntara. Así terminaremos de una vez con esto; sé que alguno de vosotros va a terminar por hacerlo, y si no... yo tengo un par de preguntas. –Dejó su espátula y se acercó al foco–. Hoppy –dijo en voz alta–, dijiste la otra vez que todo estaba negro. ¿Es eso cierto? ¿No hay ninguna luz?

Los labios del foco se crisparon.

–Algo de luz. Una débil luz. Amarilla, como una llama consumiéndose.

Al lado de Stuart apareció el joyero de mediana edad del otro lado de la calle.

–Yo estaba aquí la otra vez –le susurró a Stuart–. ¿Quieres saber lo que ve? Puedo decírtelo; escucha, Stu, ve el *más allá*.

–¿Más allá de qué? –dijo Stuart, levantándose para poder ver y oír mejor; todos se habían acercado ahora, a fin de no perderse nada.

–Ya sabes –dijo el señor Crody–. Más allá de la tumba. El después de la vida. Puedes reírte, Stuart, pero es cierto; cuando toma una cerveza cae en trance, como puedes ver ahora, y tiene visiones ocultas o algo así. Pregúntaselo a Tony o a Connie o a cualquiera de los otros; ellos también estaban aquí.

Ahora Connie estaba inclinada sobre la derrumbada y retorcida silueta en el centro del carrito.

–Hoppy, ¿de quién procede esa luz? ¿Es de Dios? –Rió nerviosamente–. Ya sabes, como en la Biblia. Quiero decir, ¿es cierto?

Hoppy dijo en un murmullo:

–Penumbra gris. Como cenizas. Luego una gran llanura. Nada excepto fuegos ardiendo, la luz procede de los fuegos ardiendo. Arden eternamente. No hay nada vivo.

–¿Y dónde estás tú? –preguntó Connie.

–Yo estoy... flotando –dijo Hoppy–. Flotando cerca del suelo... no, ahora estoy muy alto. No tengo peso. Tampoco tengo cuerpo, y por eso estoy tan alto, tanto como puedo desear. Puedo quedarme ahí si lo deseo; no necesito descender. Estoy bien ahí arriba y puedo girar para siempre en torno a la Tierra. Está ahí debajo, y no tengo otra cosa que hacer más que girar y girar.

El señor Crody, el joyero, se acercó al carrito y dijo:

–Hey, Hoppy, ¿no hay nadie más? ¿Estamos todos nosotros condenados al aislamiento?

–Yo... –balbuceó Hoppy–, veo a otros ahora. Estoy planeando hacia el suelo. Aterrizo en la penumbra gris. Estoy andando.

Andando, pensó Stuart. ¿Con qué? Unas piernas pero ningún cuerpo; vaya post-vida. Se rió para sí mismo. Vaya logro, pensó. Vaya insensatez. Pero él también se acercó al carrito, abriéndose camino para ver.

—¿Acaso estás naciendo a una nueva vida, como enseñan en Oriente? —preguntó una mujer de una cierta edad que llevaba un abrigo de paño.

—Sí —dijo Hoppy sorprendidamente—. Una nueva vida. Tengo un cuerpo distinto; puedo hacer toda clase de cosas.

—Un paso más —dijo Stuart.

—Sí —murmuró Hoppy—. Un paso más. Soy como los demás; de hecho soy mejor que todos los demás. Puedo hacer todo lo que hacen los otros y muchas más cosas aún. Puedo ir donde quiera, y ellos no pueden. Ellos no pueden moverse.

—¿Por qué no pueden moverse? —preguntó el cocinero.

—Simplemente no pueden —dijo Hoppy—. No pueden ir por el aire o por la carretera o en barco; simplemente deben quedarse donde están. Todo es diferente a esto. Puedo verlos a todos, como si estuvieran muertos, como si estuvieran clavados al suelo y muertos. Como cadáveres.

—¿Pueden hablar? —preguntó Connie.

—Sí —dijo el foco—, pueden conversar entre sí. Pero... tienen que... —Se calló, y luego sonrió; su delgado y retorcido rostro mostró alegría—. Sólo pueden hablar a través mío.

Me pregunto lo que significa esto, pensó Stuart. Suena como las visiones de un megalomaniaco cuando sueña que domina el mundo. Una compensación, ya que está disminuido... lo que uno puede esperar de la imaginación de un foco.

Ya no le parecía interesante a Stuart, ahora que había comprendido. Se apartó y regresó a su mesa, donde le aguardaba su comida.

El cocinero estaba diciendo:

—¿Es un buen mundo ése? Dime si es mejor o peor que éste.

—Peor —dijo Hoppy. Y luego añadió—: Peor para ti. Es lo que todo el mundo merece; es justo.

—Mejor para ti, entonces —dijo Connie, casi como preguntando.

—Sí —dijo el foco.

—Escucha —le dijo Stuart a la camarera, desde donde estaba sentado—, ¿no te das cuenta de que es una justa compensación psicológica a su inferioridad? Así es como se mantiene, imaginando todo eso. No comprendo cómo podéis tomarlo en serio.

–Yo no lo tomo en serio –dijo Connie–. Pero es interesante; he leído acerca de médiums, como se les llama. Caen en trance y pueden comunicar con el otro mundo, como él está haciendo. ¿No has oído hablar de eso? Es un hecho científico, creo. ¿No es así, Tony? –Se giró hacia el cocinero para que la apoyara.

–No lo sé –dijo Tony ceñudamente, se dirigió con lentitud hacia su parrilla y tomó su espátula.

El foco parecía haberse hundido ahora más profundamente en su trance inducido por la cerveza; de hecho parecía dormir, como si ya no viera nada o al menos como si ya no tuviera conciencia de la gente que le rodeaba o no le interesara comunicarles su visión... o lo que fuera. La sesión había terminado.

Bueno, uno nunca sabe, se dijo Stuart. Me pregunto lo que dirá Fergesson de esto; me pregunto si querrá que alguien que no tan sólo está impedido físicamente sino que es también un epiléptico siga trabajando para él. Me pregunto si debería decírselo o no cuando vuelva a la tienda. Si se entera es probable que eche inmediatamente a Hoppy, y no se lo reprocharía. Así que lo mejor será que no le diga nada, decidió.

El foco abrió los ojos. Dijo con voz muy débil:

–Stuart.

–¿Qué quieres? –preguntó Stuart.

–Yo... –el foco sonaba débil, casi enfermo, como si la experiencia hubiera sido demasiado para su frágil cuerpo–. Escucha, me pregunto... –se irguió e hizo rodar lentamente su carrito hasta la mesa de Stuart. Con voz muy baja dijo–: Me pregunto, ¿querrás empujarme hasta la tienda? No ahora, sino cuando hayas terminado de comer. Realmente te lo agradecería.

–¿Por qué? –preguntó Stuart–. ¿No te ves capaz de ir por ti mismo?

–No me siento bien –dijo el foco.

Stuart asintió.

–De acuerdo. Cuando acabe de comer.

–Gracias –dijo el foco.

Stuart lo ignoró completamente y siguió comiendo. Me

gustaría que no fuera tan obvio el que le conozco, se dijo. Me gustaría que saliera fuera y me esperara allí. Pero el foco permanecía sentado en su carrito, frotándose la frente con su extensor izquierdo, y se le veía demasiado cansado como para moverse, incluso hasta su lugar al otro lado del café.

Más tarde, mientras Stuart empujaba al foco en su carrito por la acera hacia la tienda, éste dijo en voz baja:

–Es una gran responsabilidad el ver más allá.

–Oh, sí –murmuró Stuart, manteniéndose remoto, cumpliendo tan sólo con su deber y no más; empujaba el carrito, y eso era todo.

Sólo porque esté empujándote, pensaba, no tengo ninguna obligación de conversar contigo.

–La primera vez que me ocurrió –empezó a decir el foco; pero Stuart lo cortó secamente:

–No me interesa. –Y añadió–: Lo único que quiero es volver y ver si han lanzado ya de una vez el cohete. No me extrañaría que estuviera ya en órbita.

–Creo que sí –dijo el foco.

En el cruce aguardaron a que cambiara el semáforo.

–La primera vez que me ocurrió –dijo el foco– me asusté. –Mientras Stuart lo empujaba atravesando la calle prosiguió–: Supe inmediatamente lo que estaba viendo. El humo y los incendios... todo tizado. Como el pozo de una mina o el lugar donde tratan las escorias. Horrible. –Se estremeció–. Pero ¿es mejor el mundo tal como está ahora? No para mí.

–A mí me gusta –dijo Stuart secamente.

–Es natural –dijo el foco–. Tú no eres una curiosidad biológica.

Stuart gruñó.

–¿Sabes cuál es mi primer recuerdo de mi infancia? –dijo el foco con voz tranquila–. El ser llevado a la iglesia en una manta. El ser depositado en un banco como un... –su voz se quebró–. Ser llevado arriba y abajo en esa manta, oculto en ella para que nadie me viera. Eso era idea de mi madre. No podía soportar que mi padre me llevara a hombros, donde la gente pudiera verme.

Stuart gruñó.

–Éste es un mundo terrible –dijo el foco–. Hubo un tiem-

po en el que vosotros los negros también sufristeis; si tú vivieras en el sur todavía sufrirías ahora. Olvidáis todo eso porque os permiten que lo olvidéis, pero yo... no me dejan olvidarlo. De todos modos, en lo que a mí respecta, yo tampoco quiero olvidarlo. En el próximo mundo todo será distinto. Tú también te darás cuenta, porque tú también estarás allí.

–No –dijo Stuart–. Cuando yo muera me quedará muerto; yo no poseo un alma.

–Tú también –dijo el foco, y pareció alegrarse de ello; su voz tenía un asomo de malicioso y cruel regocijo–. Lo sé.

–¿Cómo lo sabes?

–Porque –dijo el foco– una vez te vi.

Estremeciéndose a pesar suyo, Stuart dijo:

–Bah...

–Una vez –insistió el foco, más firmemente ahora–. Eras tú; no cabía la menor duda. ¿Te gustaría saber lo que estabas haciendo?

–No.

–Te estabas comiendo una rata muerta. Cruda.

Stuart no dijo nada, pero empujó el carrito más aprisa, más aprisa, cada vez más aprisa a lo largo de la acera, en dirección a la tienda.

Cuando llegaron ante la tienda vieron que la gente seguía todavía frente al aparato de televisión. Y el cohete había partido; acababa de abandonar la base, y todavía no se sabía si las fases habían funcionado correctamente.

Hoppy se fue por sí mismo escaleras abajo al departamento de reparaciones, y Stuart se quedó arriba frente al aparato. Pero las palabras del foco lo habían alterado de tal modo que no podía concentrarse en la pantalla del televisor; se alejó, y luego, viendo a Fergesson en la oficina de arriba, se dirigió hacia allá.

Sentado frente al escritorio, Fergesson examinaba un montón de facturas y albaranes. Stuart se le acercó.

–Escuche. Ese maldito de Hoppy...

Fergesson levantó la vista de los albaranes.

–Olvidelo –dijo Stuart, descorazonado.

–He observado su trabajo –dijo Fergesson–. He ido abajo

y lo he observado cuando él no se daba cuenta. Admito que hay algo desagradable en él. Pero es competente: he examinado lo que había hecho y estaba bien hecho, y eso es todo lo que cuenta. –Frunció el ceño en dirección a Stuart.

–He dicho olvídelo –dijo Stuart.

–¿Ha partido ya el cohete?

–Hace un momento.

–Hoy no hemos vendido nada a causa de todo ese circo –dijo Fergesson.

–¡Circo! –Stuart se sentó en la silla frente a Fergesson, de modo que pudiera vigilar la tienda en la planta baja-. ¡Eso es historia!

–Es una forma como otra cualquiera para que estéis haraganeando por ahí sin hacer nada. –Fergesson se dedicó de nuevo a sus albaranes.

–Escuche, voy a decirle lo que ha hecho Hoppy. –Stuart se inclinó hacia él-. En el café de Fred.

Fergesson hizo una pausa en su trabajo y lo miró.

–Ha tenido una crisis –dijo Stuart-. Se ha vuelto loco.

–No bromees –Fergesson parecía disgustado.

–Ha perdido la cabeza a causa de... una cerveza. Y veía más allá de la tumba. Me ha visto comiendo una rata muerta, cruda. Eso es lo que ha dicho.

Fergesson se echó a reír.

–No es divertido –dijo Stuart.

–Claro que lo es. Te está tomando el pelo como venganza por todas las bromas que le has gastado, y tú eres tan estúpido que caes en la trampa.

–Realmente lo ha visto –dijo Stuart obstinadamente.

–¿Me ha visto a mí?

–No lo ha dicho. Lo hace ahí todas las veces; le dan cerveza, y entra en trance, y le hacen preguntas. Sobre cómo es aquello. Eso es lo que ha pasado, mientras estábamos comiendo. Ni siquiera le había visto abandonar la tienda; no sabía que estuviera allí.

Por un momento Fergesson se quedó pensando, con el ceño fruncido; luego alargó una mano y pulsó el botón del intercom que conectaba la oficina con el departamento de reparaciones.

–Hoppy, ven un momento a la oficina; quiero hablar contigo. –Soltó el botón.

–No era mi intención causarle problemas –dijo Stuart.

–Seguro que lo era –dijo Fergesson–. Pero yo tenía que saberlo; tengo derecho a saber lo que hacen mis empleados cuando están en un lugar público actuando de un modo que puede poner en entredicho la reputación de la tienda.

Aguardaron, y al cabo de un tiempo oyeron el laborioso sonido del carrito subiendo la escalera hacia la oficina.

Apenas apareció, Hoppy dijo:

–Lo que yo haga en las horas de la comida es asunto mío, señor Fergesson. Eso es lo que creo.

–Estás equivocado –dijo Fergesson–. También es asunto mío. ¿Me has visto más allá de la tumba, como has visto a Stuart? ¿Qué es lo que estaba haciendo? Quiero saberlo, y será mejor que me des una respuesta satisfactoria, o te vas a salir de aquí el mismo día en que has entrado.

En voz baja y firme, el foco dijo:

–No le he visto a usted, señor Fergesson, porque su alma también había perecido y no renacería.

Durante un tiempo Fergesson estudió al foco.

–¿Y eso por qué? –preguntó finalmente.

–Es su destino –dijo Hoppy.

–No he hecho nada criminal o inmoral.

–Es el proceso cósmico, señor Fergesson –dijo el foco–. No me lo reproche a mí. –Luego guardó silencio.

Fergesson se giró hacia Stuart y dijo:

–Cristo. Bueno, haz una pregunta estúpida, y recibirás una respuesta estúpida. –Se giró de nuevo hacia el foco y dijo–: ¿Has visto a alguien más a quien yo conozca, como mi mujer por ejemplo? No, no conoces a mi mujer. ¿Y Lightheiser? ¿Qué hay con él?

–Tampoco lo he visto –dijo el foco.

–¿Cómo has arreglado ese tocadiscos? –dijo Fergesson–. ¿Cómo lo has hecho *realmente*? Parecía como... como si lo hubieras curado. Parecía como si en lugar de reemplazar aquel muelle roto lo hubieras reconstituido. ¿Cómo lo has hecho?

¿Acaso es uno de esos poderes extrasensoriales de que hablan y que no sé cómo se llaman?

—Lo he reparado —dijo el foco con voz firme.

Fergesson se dirigió a Stuart:

—No lo dirá. Pero lo he visto. Estaba concentrado de una forma muy particular. Quizá estés en lo cierto, McConchie; quizá ha sido un error contratarlo. De todos modos, lo que cuentan son los resultados. Escucha, Hoppy, no quiero que te metas otra vez en esos trances en público a lo largo de toda esta calle mientras estés trabajando para mí; antes no tenía importancia, pero ahora sí. Ten tus trances en la intimidad de tu casa, ¿de acuerdo? —Tomó de nuevo el fajo de albaranes—. Eso es todo. Iros abajo los dos, y procurad hacer algo de provecho en vez de estar haraganeando por ahí.

El foco hizo dar media vuelta a su carrito y se dirigió hacia la escalera. Stuart, con las manos en los bolsillos, lo siguió relictante.

Cuando estuvo de nuevo abajo frente al televisor con la gente de pie ante él, pudo escuchar al locutor anunciar excitadamente que las primeras tres fases del cohete parecían haberse desprendido sin problemas.

Eso son buenas noticias, pensó Stuart. Un brillante capítulo en la historia de la raza humana. Ahora se sentía un poco mejor, y se situó junto al mostrador, en un lugar desde donde gozaba de una buena visión de la pantalla.

¿Por qué tendría que comer yo una rata muerta?, se preguntó. Esa nueva reencarnación debe de ser un mundo terrible, para vivir así. Sin siquiera cocinarla, simplemente atrapada y devorada. Incluso, pensó con un estremecimiento, tal vez con pelos y todo; pelos y cola, todo. Se estremeció de nuevo.

¿Cómo puedo estar mirando cómo se escribe la historia se dijo con rabia, mientras estoy pensando en cosas como ratas muertas y... y...? Siento deseos de meditar en ese gran espectáculo que se está desarrollando auténticamente ante mis ojos, y en cambio... dejo que la mente se me llene de esa basura puesta ahí por ese sádico, ese monstruo de las radiaciones y de las drogas que Fergesson ha creído que debía contratar. ¡Puagh!

Luego pensó en Hoppy, ya no atado a su carrito, ya no un

inválido sin brazos ni piernas, sino flotando de alguna forma. Dueño de alguna forma de todos ellos, dueño de –como había dicho Hoppy– todo el mundo. Y aquel pensamiento era aún peor que el de la rata.

Apostaría a que ha visto muchas otras cosas, se dijo Stuart, muchas más de las que dice, y que las está ocultando deliberadamente. Nos dice tan sólo lo justo para atormentarnos y luego se calla. Si puede caer en trance y ver la próxima reencarnación, entonces puede verlo *todo* porque, ¿qué otra cosa hay? Pero de todos modos yo no creo en esas tonterías de los orientales, se dijo, eso no es cristiano.

Pero creía en lo que había dicho Hoppy; lo creía porque lo había visto con sus propios ojos. Había caído realmente en trance. Eso al menos era cierto.

Hoppy había visto *algo*. Y era algo terrible; no había ninguna duda al respecto.

¿Y qué más cosas ve?, se preguntó Stuart. Me gustaría poder hacer que ese pequeño bastardo hablara. ¿Qué otra cosa ha visto esa retorcida y perversa mente acerca de mí y de los demás, de todos los demás?

Me gustaría, pensó, poder verlo yo también. Porque todo aquello le parecía a Stuart muy importante, hasta el punto que dejó de mirar la pantalla del televisor. Olvidó a Walter y a Lydia Dangerfield y la historia que se estaba escribiendo; pensó tan sólo en Hoppy y en el incidente en el café. Le hubiera gustado poder dejar de pensar en todo aquello, pero no le era posible.

Pensaba en ello una y otra vez.